

Barrio del Torrejón (Huelva)

Miguel Angel Vargas, joven gitano de Lebrija (Sevilla), nos propone la publicación de una serie de "crónicas de viajes" que, a la espera de concretar su ubicación más adecuada en la revista, incluimos provisionalmente en la sección de *El ayer y el hoy*.

Sin más preámbulos (para crear expectativa), os animamos a acompañarle, en esta primera entrega, al Barrio del Torrejón en Huelva.

*Yo no soy de esta tierra
Ni conozco a nadie.
El que hiciera un bien por mis niños
Que Dios se lo pague.
(Siguiriyas)*

8:45 salgo de casa. Cruzo, aterido, el puente de Triana, y me encamino a la estación de autobuses de Plaza de Armas. Destino: Huelva, la ciudad histórica sin apenas edificios históricos. En la mochila a la espalda, el mapa de una urbe que vagamente conozco. Tengo un trabajo que me lleva de aquí para allá, a la casa de gente desconocida. Voy a un barrio que para mí sólo es un nombre en el mapa, El Torrejón, y un nombre de calle precioso: Alhelí.

Los compañeros involuntarios y anónimos del autobús pertenecen a todas las áreas del acontecer español, o casi: moritos bien afeitados, estudiantes universitarios, currantes de empresas, mujeres maduras y alguna que otra voz esclava que, suave, parlotea con su pareja. La A-92. Línea alquitranada por entre lomas de encinares, pinos y eucaliptos, vallados de casitas de fin de semana, cañaverales de arroyos que discurren entre novísimos polígonos industriales que anteaer no estaban. Llegando a Huelva, una hora y pico, la mancha en el cielo de las fábricas que escupen humo, peste y fealdad en el Polo Químico de Huelva.

Estación de autobuses de Huelva. Círculo internacional: gritosos yanquis que van a los portugueses acantilados de Sagres, temporeros que se mueven para los freseros pueblos de los alrededores, de casi todos los colores y naciones. Veo alguna cara lebrijana conocida, esclava es su pareja y su retoño: temporeros los dos. El amor desafía las teorías interculturales.

Pregunto a un policía municipal y me desaconseja la ruta. Autobús urbano, marrón, gris y negro viste la gente de la mañana. Avenidas y calles iguales y diferentes. Junto a las ruinas de casas típicas se alzan los altísimos bloques. Ya en las últimas paradas llego a mi destino. No es para tanto. Bloques, y más bloques, un cartel anuncia que la Junta invierte en remodelaciones, encalamientos y chapuzas varias: entre el deterioro hay retazos de urbanidad. Casa de la familia "Tal". Por el apellido, que omitiré, van a vender cal, es decir, serán gitanos. Cierto. No les digo que soy gitano, de momento. Entro y educadamente les informo de mi cometido, ellos aceptan. Y empiezo a recoger datos.

María me dice que ella paga 'los vivos' que no los muertos. En su pobreza compartida María tiene vergüenza por el estado del suelo

de su casa. Hace unos años se gastó sesenta mil duros en arreglar la ventana pero hoy, hoy... Valentín, el *pater familias* (sin pinta de fotogénico patriarca), antiguo limpiabotas, lotero y peón de albañil, jubilado y sin pensión porque no consiguió cotizar lo mínimo, socarrón, descreído y receloso, se abre finalmente cuando le hablo en su lengua, que es la de los gitanitos de la posguerra. "¿Quieres un vasito de casera hijo?" me dice María. Valentín responde a mis preguntas sin menearse del sillón y de 'la copa'. Llega un hijo. Viene de currelar en el campo, no vive aquí, vive en el fracaso urbano de al lado, la Barriada de la Hispanidad. Sale otro de una habitación, casi de mi edad, albañil de oficio sin oficio desde hace meses. Soy presentado. "¡Mira, es gitanito! ¡Con estudios y tó!" le dice María. Él sonríe distante y sale. Según María se niega a enterrarse en los terrones fangosos del campo. Isabel, otra hermana, entra y sale de su habitación. Viuda joven que se vino de Badalona con su niña, donde trabajó de limpiadora en un hospital. Aquí 'sirve' en una casa unas cinco horas a la semana. La niña va al cole pero no lo hace entusiasta. Que no se preocupe mucho, yo... muchas veces, tampoco lo hacía, y acabé una carrera y media.

Este cuadro familiar se enorgullece en ser de los poquitos flamenquitos del barrio que no se las habiya en los trapicheos de la droga. La gitanería, como casi siempre en la Andalucía de los barrios 'sociales', y a pesar de la mayoritaria consideración, es discreta. Ni siquiera sabían de la existencia de Unión Romaní ni la Fundación Secretariado Gitano. María comenta haber visto a Juan de Dios en la tele.

Cualquier ciudad del mundo puede tener problemas sociales. Los barrios residenciales... que son los que configuran la nueva jerarquía del entramado urbano, reproducen la estructura centro-arrabal de la ciudad de la ciudad antigua.

Lo que el ojo ve. ¿Si se vive en un entorno más 'bello' viviremos mejor? Pienso en las viviendas sociales (¿qué vivienda no es social? Cada familia es una sociedad). La vida puede complicarse de una manera que parece que no vamos a poder salir a flote, como un *fatum* inevitable. ¿Vivir bien? ¿Quién no lo desea?

Arquitectura y vida. Los bloques de pisos no favorecen la comunicación. En estos del Torrejón de Huelva, el espacio más vivo y animado es la parada del autobús, los alrededores de los quioscos-vale, cierto, se venden más quintos de cerveza que chicles- y las aceras donde las gitanas viejas sacan las sillas de sus casas porque son más confortables que los bancos que puso allí no sé quién.

Lo pienso mucho y aquí lo compruebo. Las viviendas que dan a la novísima y a bombo y platillo inaugurada Avenida de Andalucía de Huelva tienen mucho mejor aspecto que el de dos o tres calles p'a-trás. No hay color. Jardines cuidados, carril bici, espacios de juego, carpas tipo Palenque... Fue diseñada por arquitectos, urbanistas y paisajistas que pensaron en las posibilidades económicas del lugar, que imaginaron que hasta podían vivir en ellas. Hicieron la calle y luego las casas. Lo demás lo puso el mercado.

No conozco ningún arquitecto que viva en el bloque de pisos que diseñó. Bloque bloque, de barriada, no piso de calidad en el centro o avenidas con perspectiva, de líneas y de futuro. Las ciudades del mundo están llenas de viviendas de habitación social que son un fracaso y fraude urbanístico y social. Nadie, o muy pocos, pidieron responsabilidades.



Las banderas que anuncian nuevas construcciones y promociones inmobiliarias rodean estos fracasos urbanísticos pasados. En el barrio algunos piensan que, a pesar de que se encarecerán los precios, todo mejorará. Pienso en las viviendas de cinco minutos más abajo: 40 kilos de los antiguos. Aquí 10 euros el alquiler, chispa más o menos. ¿Estarán rodeando a 'los pobres' con nuevas murallas?

O nos montamos en el carro de la Gran economía, buscando la forma en que la herida cotidiana nos desgaste más suavemente o nos echan fueran del carro. Porque... ¿Quién tiene valor para abandonarlo todo y abandonarse? La hipoteca, la luz, el agua, el gas, la factura del ADSL y el móvil; el plan de pensiones de la tele... ¿qué es lo básico para vivir mejor en este país? ¿A quién no le gustaría vivir mejor?

Encontré varias referencias en Google sobre El Torrejón: una noticia que venía de *Andalucía Directo* y de ahí pasó a *Huelva Información*: un vecino recibía en su fregadero las aguas fecales del de arriba. Me imagino la cobertura de la noticia: los vecinos, la queja, los enteraos, los focos... Algo saldría de aquello. La segunda hace referencia a la biografía de Los Activos, la experiencia de trabajo social a través del Arte. Las otras tres noticias hacen referencia al cambio de titularidad de "la parroquia más pobre de la ciudad (sic)" que pasa a manos de los salesianos; una asociación juvenil del barrio y sus actividades para con los desertores educativos y la referencia a la rueda de prensa de la consejera de Igualdad de la Junta de Andalucía sobre un nuevo plan de incentivo a la inserción laboral. Nada más, o nada más diferente, y previsible. Menos da una piedra.

¿De cuánto será la pensión del arquitecto que hizo estas casas? ¿De cuánto será la del político que firmó las partidas presupuestarias?

Las imágenes son muchas y las lecturas confusas. No quiero hacer ni una denuncia ni una apología de la pobreza orgullosa. Sólo reflejar algunas: la hija de Isabel, callada durante la conversación; los escalones de granito y hormigón de la escalera; el colegio abandonado, quemado, pintarrajeado y con restos de hogueras, frente a la ventana del salón; el mono azul de trabajo y la sonrisa bajo el bigote del hermano de Isabel; el vaso de Duralex donde bebí agua; la ventana del salón, delgada y el pensamiento en el frío o en el calor, y de ahí paso a las blanquísimas carpas de la Avenida de Andalucía, con sus supermercados, fuentes, jardines, bancos y urbanizaciones.

Pero la luz también llega a lo más hondo. Son amables y tienen ganas de mejorar. Un poco trágicos, como somos todos cuando las cosas no van bien. Y pienso: ¿en qué puedo yo ayudarles sin sentirme un falso? Les digo muchas cosas, llamo por teléfono a quien puede echarles una mano. Les digo -y también me lo digo a mí- que, sin miedo, vayan a preguntar a dónde sea, sin ir como pobres o necesitados, con lástimas, buscando la paguita de los gitanos: que digan que quieren cambiar y mejorar, y no pedir... sino ganarse la vida. No tengo una varita mágica. Y no me quito la sensación de que puedo hacer más por ellos. Espero contarles.

Pienso en el calor del verano de esta casa... Uff. Un viaje a la playa, pienso, cuesta poco, desde aquí. Les digo que salir un poco del barrio y apagar la tele puede hacer por ellos más que muchos esfuerzos sociales... No debemos pensar, nunca, que las cosas son inevitables. Ningún pueblo se define, exclusivamente, por su origen social. ¿Por qué van a ser diferentes los gitanos? Años y años de estigmatización han creado el binomio gitano-pobreza y hasta los propios gitanos lo asumen como inevitable.

Abra la puerta, coja un canasto, pan, queso, casera o lo que tenga a mano, dos o tres autobuses, y vaya a la playa... Cómprase un helado de un euro y mire el mar...sereno o imbatible, báñese... y viva la vida que es suya y de nadie más. Olvídense por un tiempo o por lo que usted quiera, de que es gitano (todo aquello que le enseñaron de cómo debía ser un gitano, visto por los gitanos mismos o los *gaché*); trate de ver de otra forma el hecho de que es -eventualmente, claro- pobre, que viven en barrios llenos de mierda... y deje que el agua les moje los dedos de los pies. Venga, luego, lo que viniere... O seremos pasto de pastores evangélicos, de monjas que te llevan de viaje a Sevilla a ver a una mojama seca en un paso, de políticos que hoy le toca los gitanitos y mañana los moritos...

A eso de las 8.20 cojo el autobús de vuelta a Sevilla y mi cabeza continúa con más dudas que certezas. Ya en el patio de vecinos en que vivo, de vecinos de clase media, alguno que otro de orígenes gitanos, las cosas son diferentes, otros los problemas... Y digo que con la pensión que seguramente cobra o cobraba el que hizo estas casas, Valentín tendría los zapatos tan relucientes como los de aquellos que él limpiaba. Suena demagógico, ¿no? Pido disculpas. Pero el pensamiento así me fluye.

■ Miguel Angel Vargas,
Enero 2006. mavargasrubio@gmail.com